

podia ser medio para reducirse los demas, propuso el asunto á los padres. Por el mismo tiempo movió Dios el corazon del Sr. marqués de Villapiente inspirándole fundar otra mision en dicho cabo de S. Lucas, sabiendo lo que incomodaba aquella gentilidad á los antiguos cristianos. El padre José de Echeverría, que se hallaba actualmente en la California en calidad de visitador general de las misiones, pasó por el mes de marzo al cabo de S. Lucas con el padre Nicolás Tamara, dejando órden que le sucediese en la Purísima el padre Sigismundo Taraval, que se esperaba de México. Fundada la mision en una abra espaciosa cerca de una alaguna de agua dulce, se detuvo allí algunos dias el padre Echeverría, y ofreció á Dios las primicias de algunos párvulos. Los adultos no parecieron sino en muy corto número, hasta que con el padre visitador regresaron los soldados. A poco tiempo fué preciso trasladar la colonia cinco leguas mas léjos del mar por los insectos y otras incomodidades del primer sitio. Aquí, con las ordinarias pensiones se dió tanta prisa el fervoroso padre Tamara, que ántes del año tenia ya bautizados mas de mil y treinta gentiles.

Muerte del padre Juan de Ugarte.

A fines de este año falleció con gravísimo y justo dolor y pérdida de toda aquella cristiandad el padre Juan de Ugarte, hombre raro y de aquellos que produce tarde la naturaleza. El padre Juan María Salvatierra confesaba ingenuamente que mil veces se hubiera desamparado la California á no haber sido por el celo y espediente del padre Ugarte. Habiéndosele frustrado el primer viage que hizo á la reduccion de los guaicuros, se volvió diciendo: . . . *Esta empresa la reserva Dios para el Apóstol*, nombre que daba al padre Ugarte, y frasisimo que solia usar en las cosas que se proponian como imposible á la industria humana. Sus talentos singulares para la cátedra y el púlpito le hubieran merecido las primeras estimaciones de la provincia que abandonó por consagrarse todo al bien de la California. De todas sus grandes prendas de alma y cuerpo, de su entendimiento, de su robusta salud, de su extraordinaria fuerza, de la fecundidad de su espíritu, de la grandeza de su corazon, de su habilidad para todo género de obras mecánicas, de su autoridad, de su mansedumbre y de todas las demas virtudes, supo valerse maravillosamente para la fundacion, conservacion y fomento de aquellas desamparadas regiones, y por tanto en los últimos años le miraban como al padre de la Colonia y el atlante (que así le llamaban) de la California. No le hicieron ménos respetable en lo doméstico su pobreza, su invicta paciencia, su frecuente trato con Dios

en la oracion, en medio de las continuas tareas de treinta años de misionero, y algunos particulares dones con que le favoreció el cielo. Acabó su carrera el dia 29 de diciembre de 1730.

Habia mucho tiempo que el piadoso eclesiástico D. Nicolás de Aguilar, vecino de la villa de Leon, en el obispado de Michoacán, movido de la apostólica predicacion y copioso fruto que tanto en aquel lugar como en otros vecinos hacia el padre Manuel Valtierra, deseaba fundar en su patria un colegio de la Compañía. Tuvo que luchar por muchos dias el virtuoso sacerdote con la oposicion de algunos émulos de los jesuitas que con todo género de artificios y de engaños, procuraban impedir su residencia en Leon. Decíase que los jesuitas harian mas daño allí por su ambicion y codicia que provecho por su literatura y su doctrina: que en Roma los habian condenado de hereges, y no tardarian mucho en hacer lo mismo en España. Comprobaban estas falsedades con otra mayor, diciendo que en la Puebla habia salido de la Compañía un sacerdote profeso, y se habia casado dentro de pocos dias. Prometian al fundador que con mucho ménos costo proveerian á la villa de ministros para la educacion de la juventud y de operarios para la reforma de las costumbres. Nada bastó á hacerle mudar de resolucion á D. Nicolás Aguilar. Consultó sus designios con personas sábias y virtuosas, y habiendo conseguido que entrasen en su poder dos haciendas de sus hermanos D. Manuel y D. Márcos de Aguilar, deseosos igualmente de contribuir á la fundacion, escribió al padre provincial Juan Antonio Oviedo, ofreciendo sitio para la iglesia y colegio; *cinuenta mil pesos* para la fábrica, trescientos márcos de plata para su adorno y las haciendas para la manutencion de los sugetos. El padre provincial, con dictámen de la consulta, aceptó de su parte la liberalidad del fundador, y prometió enviar desde luego algunos padres á la villa siempre que se obtuviese la licencia necesaria de S. M., ofreciéndose á solicitarla de su general. Muy largo pareció este plazo á D. Nicolás, deseosísimo de ver alguna prenda que le asegurase el feliz éxito. Solicitó, pues, que entre tanto se ocurria á Madrid y á Roma, se pusiese allí con el beneplácito del Sr. virey y del Sr. obispo de la diócesis un hospicio con dos ó tres sacerdotes y un maestro de gramática, de que mucho necesitaba el pais, tomando desde luego la Compañía posesion de las haciendas. Así se practicó obtenidas las licencias del Sr. marqués de Casafuerte y del Illmo. Sr. D. Juan José de Escalona y Calatayud, obispo de Michoacán: se dió á la Compañía posesion del

sitio y fincas en persona del padre Manuel Andrés Fernandez á 16 de mayo, y en 8 de julio entraron en la villa los padres Manuel Alvarez de Lava, superior del hospicio, y Manuel Rubio, con el hermano Francisco Arriaga, á quienes acompañó desde Celaya el padre Manuel Valtierra. El fruto espiritual que siguió en Leon al establecimiento de la Compañía, lo manifiesta bien el que los mismos antiguos émulos se vieron obligados á ser despues panegiristas de su celo, y las instancias con que toda aquella república solicitó aun en tela de juicio la restitucion de los jesuitas, cuando despues de algunos años por justos motivos hubieron de desamparar el hospicio, como quizá veremos adelante.

1732.

No fué solo el nuevo hospicio de Leon con el que aumentó la provincia el padre Juan Antonio de Oviedo. A los principios de 1732, se dispuso la fundacion de otra casa en la villa (hoy ciudad de Santa Fé, real y minas de Guanajuato.) Por dos ocasiones habia pretendido aquel populoso lugar en el siglo XVII, la fundacion de un colegio, y aun á los principios del corriente habia resucitado los antiguos deseos el Sr. D. Juan Antonio Bracamonte, natural de Guanajuato, oidor de la real audiencia de México y arcedeano despues de la Santa Iglesia de Puebla, donde recibido en la Compañía habia fallecido poco ántes. La ciudad, puesta desde el año de 1616 bajo la proteccion de S. Ignacio de Loyola, (siete años ántes de su canonizacion) parecia tener derecho mas que alguna otra para que trabajase en ella la Compañía.

Desde fines del siglo antecedente se habia establecido allí la congregacion de S. Francisco Javier, á quien en la iglesia de Guadalupe, quasi fuera del lugar, se hacia cada año por marzo un solemne novenario. El piadoso eclesiástico que rezaba la novena por su particular afecto á nuestra religion, al llegar á la peticion secreta añadia en alta voz: . . . Y pídanle todos al Señor, por la intercesion del Santo, que nos traiga á este lugar padres de la Compañía. . . . Asistió este año, como otros muchos, á la novena la noble Señora Doña Josefa Teresa de Busto y Moya, de la casa de los ilustres marqueses de S. Clemente, y una de las mas distinguidas y poderosas del pais. Se le ofreció en esta ocasion vivísimamente el pensamiento de fundar en Guanajuato colegio de la Compañía; volvió á su casa sin haber comunicado á nadie aquel pasajero ofrecimiento. A poco rato entró á visitarla el vicario y juez eclesiástico de la villa D. Juan de Ocio y Ocampo, y rodando sobre varios asuntos la conversacion, llegó á decirle que con su caudal aun sacada la legítima de sus hijos, podia hacer mucho bien á Guana-

juato fundando allí un colegio. En el ánimo piadoso y discreto de la Señora, no dejó de hacerle alguna impresion la armonía y consonancia de aquellas palabras con la idea que se le habia tan poco ántes ofrecido, y contrayendo mas la conversacion, dijo que estaba pronta, como conviniese en ello su hijo el Dr. D. Ildefonso de Aranda, clérigo presbítero, que era el árbitro de todos sus negocios. Supo este que pendia de su resolucion un asunto tan importante, y partiéndose luego á ver á su madre, no solo le aprobó su designio, diciendo que era lo mejor y mas útil que podia hacer de su caudal, sino que prometió concurrir tambien con diez mil pesos de su legítima paterna. Se ofreció, fuera de eso, á tratar personalmente el negocio con el padre provincial, que no estaba léjos en la visita de los colegios vecinos. Era esto por fines de marzo de 1732, y pocos meses despues pasó el padre Oviedo á Guanajuato. La piadosa fundadora, hallando que podia disponer de cincuenta mil pesos de quinto, ofreció liberalmente toda esta cantidad para dote del colegio. Añadió una obligacion de mantener cinco sugetos, tres operarios, un maestro de gramática y otro de escuela por tiempo de seis años que se daban de término para alcanzar las licencias del rey y del padre general. Para la fábrica de colegio é iglesia hizo escritura de diez mil pesos el ilustre Sr. D. Francisco Matias de Busto y Moya, marqués de S. Clemente, y de cinco mil D. Miguel Herbás. La señora viuda é hijos de D. Andrés de Busto, hermanos de dicho Sr. marqués y de la señora fundadora, dueños en su compañía de la mina de la Cata, D. José de Sardeneta y Legaspi, dueño de la de Rayas, y D. Francisco Iguerátegui, D. Bernardo Riaño, D. José Liccaga de la Asuncion, ofreciendo poner en sus minas la limosna que llaman Piedra de mano, durante la fábrica, perfeccion y adorno de la iglesia. Aceptadas estas condiciones y obligándose la Compañía á conseguir licencia del rey, volvió el padre provincial á México y envió á Guanajuato los primeros jesuitas, por superior al padre Mateo Delgado, que entraron con gran regocijo de todo el lugar en 29 de setiembre de 1732. †

† Cuanto ha dicho el padre Alegre es exactísimo. Yo he estado en Guanajuato y he visto que la memoria de los padres jesuitas se recordaba allí con ternura, despues de sesenta y dos años transcurridos de su espatriacion. S. Ignacio de Loyola es patrono de aquella ciudad, y de guarda el 31 de julio, celebrándose gran funcion en la parroquia, y por la tarde, saliéndose multitud de gentes al paseo que llaman la Cueva de S. Ignacio. La iglesia de la Compañía de tres naves, es una suntuosa basílica, y su fábrica indicá las inmensas sumas á que ascenderia la pie-

Entrada de los primeros jesuitas en Guanajuato.

Elogio del padre Domingo de Quiroga.

Poco antes habia pasado de esta vida en el colegio máximo, donde actualmente era prefecto de espíritu el padre Domingo de Quiroga, rector que habia sido del mismo colegio, maestro de novicios y procurador á Roma, sugeto de eminente magisterio y de conocida perfeccion en la vida espiritual, de extraordinaria pureza de alma y cuerpo, que segun el juicio de cuantos le trataban con intimidad: conservó hasta la muerte su pobreza estremada, y constante su interior y extrema mortificacion. Puso el Señor á su direccion muchas almas escogidas que el padre condujo á lo mas sublime de la santidad, ilustrándole su Magestad muchas veces con luz sobrenatural para conocimiento de los mas arcanos pensamientos, y de muchos sucesos futuros, por donde se grangeó la constante opinion de santo, con que fué venerado, y consultado como oráculo en materias de espíritu de los Illmos. Sres. D. Fr. José Lanciego y D. Nicolás de Cervantes. En su muerte se sacaron muchos retratos y se hicieron otras demostraciones que indicaban bien el alto concepto que se tenía de su virtud. A la misma hora en que espiró, le vió una alma muy favorecida del Señor entrar en el cielo entre los brazos dulcísimos de nuestro Redentor Jesus. Murió el dia 2 de setiembre.

Entre las misiones circulares que por este año se habian hecho en las diócesis de México y Puebla, fué singular el fruto que se cogió en la ciudad de Cholula y pueblo de Huamantla. En Cholula hubo persona de la primera distincion, que á voces comenzó á decir en la iglesia sus culpas; otras muchas á quienes en la procesion pública fué necesario moderar sus rigorosísimas penitencias. Un jóven habia estado por largo tiempo amancebado con tanto descaro, que tenia á su cómplice en casa aparte, sin que juez alguno eclesiástico ó secular se atreviese á remediarlo. En tiempo de la mision prohibió á su manceba que fuese á la iglesia; pero él, á pesar de sus propósitos, hubo de en-

dra de mano con que se ha construido. Hoy es el colegio oratorio de los padres felipenses. En él se ha establecido el instituto nacional, donde se enseña la mineralogia y ciencias exactas con grande aprovechamiento. Cuando se expatriaron los jesuitas, hubo en Guanaxuato una asonada popular que castigó al visitador D. José Galvez, haciendo ahorcar á varios infelices y predicando al pueblo desde el balcon de su casa. Esta misma pena, aunque secretamente, (segun se asegura) sufrió este ministro despues de algunos años en Madrid. Impuso á la plebe de Guanaxuato el vergonzoso tributo de ocho mil pesos anuales que pagaba la diputacion de mineria; esta pena influyó mucho en la revolucion de 1810.—EE.

contrarse con uno de nuestros misioneros en parte donde le fué forzoso detenerse y oír, aunque corto rato algunas sentencias. Estas bastaron para hacer en su ánimo tan fuerte impresion, que yendo derechamente á la casa de su perdicion... Ya esto se acabó, le dijo: yo ya no vuelvo á verte hasta que sea para casarnos en legítimo matrimonio. A la siguiente mañana (sábado) en que habia acostumbrado ayunar desde su tierna edad á la Santísima Virgen, salió para Atlixco con ánimo de cobrar un poco de dinero para las diligencias necesarias al fin que meditaba. Llegó á las cuatro de la tarde, todavía en ayunas, al rancho de un antiguo conocido, que disimulando sus intentos, lo convidó á comer, pensando vengarse de no se qué pasados agravios. En efecto, bebiendo un jarro de agua le disparó un trabuco con que le dejó instantáneamente muerto. Su torpe cómplice, sabido el suceso, hizo con el mismo padre J. J. Martinez una confesion general, y entabló una vida cristiana. En Atotonilco, en Pachuca, en el Real del Monte, en Tisayuca, y en otros muchos lugares del arzobispado, se hicieron amistades, se quitaron por medio del matrimonio innumerables escándalos, tantos, que un teniente de cura escribió á su parroquia, es decir, al cura que estaba ausente... Que ya en Pachuca no quedaban por casar, sino los clérigos y frailes: se quemaron muchos ídolos y se estirparon muchos perniciosos abusos con grande satisfaccion y consuelo de los celosos misioneros.

Los que segun las últimas órdenes del rey debian señalarse para la Pimería, á petición del Illmo. Sr. Crespo, obispo de Durango, estaban ya en la Sonora desde fines del año antecedente. El padre visitador Cristóbal de Cañas, dispuso que para aprender el idioma se repartiesen en los pueblos antiguos de S. Ignacio y Tubutama, donde los furiosos tabardillos que acometieron á los padres Juan Bautista Grazhoffer, é Ignacio Javier Keller, detuvieron la expedicion hasta principios de abril de este año. Juntos los ya convalecidos con el padre Felipe Segeser en un lugar llamado Kino, en memoria del fundador de aquellas misiones, el dia 3 de mayo en que se celebra la Invencion de la Santa Cruz, salieron acompañados del capitán del presidio vecino D. Juan Bautista de Anza y de algunos soldados españoles y muchos pimas de los nuevos y antiguos pueblos. Al padre Juan Bautista Grazhoffer se destinó la mision de S. Gabriel y S. Rafael de Guebavi, treinta leguas al Norueste de los Dolores, con las visitas de S. Marcelo, hoy S. Miguel de Sonoidac, siete leguas al Este. A Aribac diez y ocho al Poniente,

Fundacion de misiones en la Pimeria

S. Cayetano y el Xamac de cinco á ocho leguas al Norte con mas de mil cuatrocientas almas. De ahí, pasó la caravana á S. Javier del Bac, donde quedó el padre Felipe Segueser con las visitas de S. Agustín, cinco leguas al Noroeste, en que se contaban de poblacion fija mas de mil trescientas almas. Finalmente, la mision de Santa María Soamea, situada veinticinco leguas al Norte con alguna inclinacion al Este de los Dolores, y sus visitas S. Mateo, S. Pedro, Santa Cruz de Quiburi, S. Pablo, con algunas otras rancherías, todas seguidas en espacio de treinta y dos leguas al Norte, con mas de mil ochocientas almas, se dejó al cuidado del padre Ignacio Javier Keller. En todas partes fueron recibidos los padres con grandes demostraciones de júbilo de aquellos dóciles pueblos, y que por tantos años con tanta hambre habian esperado quien les partiese el pan de la divina palabra. El capitán del presidio, y el cacique gobernador general de la nacion D. Eusebio Aquibisani, les hicieron en todas partes razonamientos muy acomodados, declarándoles la intencion de S. M. y de su pastor el Sr. obispo de Guadiana (Durango) y la buena voluntad con que los padres se sacrificaban gustosamente á todos los trabajos por el bien de sus almas. De todo esto dieron dicho comandante y los padres exacta cuenta al Illmo. Sr. D. Benito Crespo, y su ilustrísima á la corte de Madrid, sabiendo cuán plausibles habian de ser estas noticias al animoso rey Felipe V. Efectivamente, S. M. recibió con el informe del ilustrísimo y cartas de los misioneros mucha satisfaccion, encargándole diese en su nombre las gracias á los operarios evangélicos y al capitán D. Juan Bautista de Anza por su eficaz aplicacion y cuidado en la fundacion y asiento de aquella nueva cristiandad, y encargando al mismo Sr. obispo continuase sus buenos oficios para el adelantamiento de las referidas conversiones.

Pasa el padre Taraval á reconocer unas islas en la costa del Sur de la California.

En California, el padre Segismundo Taraval, que de la mision de la Purísima habia pasado á S. Ignacio, emprendió la conquista espiritual de unas nuevas islas á la costa del Sur. Algunos de sus habitantes atraídos de las persuaciones del cacique de Walimea habian venido á catequizarse con otros muchos de una ranchería llamada *Anawa* muy cercana de la costa, é instado al padre para que pasase á sus cercanas islas. Nada mas conforme al celo, y aun al génio del padre Taraval que este género de expediciones. Dadas las providencias necesarias para el buen gobierno de su mision, partió para *Anawa*, distante seis dias de camino, reconoció una grande ensenada que llamó de

S. Javier. De aquí en una balsa pasó á la primera isla que los naturales llaman *Asegua*, desierta, estéril, sin agua, ni otro alimento que algunos mescales y muchísimas aves, de donde toma el nombre, pequeña de ménos de un cuarto de legua en largo. Entre los pájaros se hallaron dos especies incógnitas, unos pequeños negros todos, que viven de ordinario en el mar; pero duermen en tierra en nidos cavados en la arena. Otros grandes como anades ó patos, pecho blanco, álas y espalda negras, pico y garras corvas, como aves de rapiña. Cavan tambien sus nidos en la playa, pero no los habitan sino en tiempo sereno. Dista esta primera isla cerca de seis leguas de la playa. La otra llamada *Amalgúa*, ó sea tierra de *neblinas*, está á poco mas de cuatro leguas de la primera, y las dos en altura de 31 grados, poco ménos. *Amalgúa* es mayor, larga como dos dias de camino y uno de ancho. Su longitud de Oeste á Norte con un monte en medio de buen alto. Desde su cima se vieron al Poniente otras dos islas pequeñas que no dieron noticia alguna los moradores de *Amalgúa*. Hallaron tres pequeñas bahías con pozos y fuentes de agua dulce, muchas y diversas especies de pájaros, venados ó tayes, conejos negros pequeños y de pelo muy suave. Supieron que habia tambien castores y lobos marinos, y en el vecino mar no pocas ballenas que todo surtia de gasto á los isleños. Estos eran pocos y con facilidad vinieron en pasar al continente para instruirse y bautizarse, como se consiguió de todos, ménos de un malvado anciano, que habiendo resistido largo tiempo, y venido á fuerza por no quedarse solo en el camino, se arrojó á cazar lobos que vieron sobre un banco de arena, y á la vuelta murió despedazado de un tiburón, no sin asombro y escarmiento de los demas.

En 4 de noviembre de 1733, justamente á los tres años del padre Juan Antonio Oviedo, le sucedió en el gobierno de la provincia el padre José Barba. Su trienio fué inquieto y tumultuoso por los diversos y ruidosos pasages del pleito de diezmos que en esta sazón se ventiló con mas ardor de parte del Illmo. Sr. D. Juan Antonio Bizarro, arzobispo de México, y de los Sres. jueces hacedores de la Santa Iglesia Catedral. No pienso se echará ménos en este lugar una relacion mas circunstanciada del curso de este pleito. Si en todos los demas negocios meramente temporales de los colegios hemos siempre procurado abstenernos de odiosas narraciones, mucho mas en estos años en que no pudiendo dejarse de nombrar personas que viven aun, ó ha poco que fallecieron, seria preciso renovar memorias nada agrada-

Succede al padre Oviedo en el gobierno de la provincia el padre José Barba.

bles, especialmente cuando en ellas nada ganaria la edificacion de nuestros lectores. El Sr. Bizarron, es por otra parte muy acreedor á la estimacion de la provincia por lo mucho que la honró en los lustrosos empleos de arzobispo y virey de estos reinos. Se valió de muchos sugetos de la Compañía para muchas cosas de la gloria de Dios y bien de su rebaño, y finalmente, para el mas importante negocio de su salvacion, comunicando íntimamente en su última enfermedad con el padre Mateo Anzaldo, en cuyas manos murió en 1747. † Pero volvamos á tomar el hilo de nuestra historia.

Por los años de 1733 y tiempos cercanos, eran muy famosas en el obispado de la Puebla las misiones circulares del padre Juan Tello de Siles, operario infatigable, y uno de los sugetos que ha tenido aquella ciudad mas enteramente dedicados á la salud de los indios. Acompañábale muchas veces en estas expediciones el Sr. Dr. D. Miguel de Nieto y Almiron, canónigo magistral, y despues maestre escuelas de aquella Santa Iglesia, ocupando en esto los meses de oraciones que le permitia el derecho. Este raro ejemplo seguia tambien el Sr. D. Pedro de Vargas, prebendado de la misma iglesia; pero en quien será de mucho ejemplo tomar la narracion desde mas alto.

Habia sido este Sr. cura beneficiado algunos años del partido de Huamantla. En este tiempo hubo algunos ruidosos disturbios entre él y el teniente de gobernador y otros vecinos principales del pueblo, por los cuales se hallaba actualmente capitulado y llamado á la capital, cuando llegó á hacer mision á Huamantla á peticion del Sr. Lardizaval el padre J. J. Martinez. Creyó el ilustrísimo que la mision seria el mejor medio para mitigar aquellos ánimos agitados y enemistados y evitar los escándalos que ocasionaban á todo el partido los choques del cura y del teniente; y así permitió al beneficiado que fuese en aquel tiempo á su curato. Empezaron los padres la mision con un fruto copiosísimo, como suele acontecer en la gente pobre y rústica; pero nada conseguian de los principales del pueblo, que ó por no concurrir con el cura, ó por no verse obligados á deponer su enemistad evitaban cuidadosamente asistir á los sermones. Entre tanto, llegó la fiesta de S. Bernardino de Sena, patron jurado de aquel valle. Era en este dia inevitable la concurrencia; pero no siendo sermon de mision, no se les hizo muy difícil asistir á la iglesia. Era convidado para el sermon un

† Segun la Guía de forasteros de México; mas segun el padre Alegre en 1748.

sobrino del mismo cura, recién ordenado, y la Providencia Divina dispuso que este, ó porque en realidad enfermase, ó por algun recelo que tuvo de predicar en aquellas circunstancias tan críticas, avisó la víspera á su tío que no podia predicar por hallarse enteramente indispuerto. El cura, en este aprieto, ocurrió al padre Juan Martinez, que admitió gustosamente, y comenzando por panegirico, declinó con destreza al punto moral que necesitaba su auditorio. Dios le inspiraba las palabras y un ardor á que no habia resistencia. Mirábanse unos á otros con susto los oyentes, y nadie prorrumpia por la confusion y la vergüenza. El párroco, creyendo que por su oficio y estado le convenia ser el primero en el buen ejemplo, se levantó del lugar en que presidia al clero, y fué para donde estaba el teniente. Calló el predicador, y todo el auditorio esperaba con susto y silencio el éxito de una accion tan desusada. El buen cura se arrojó á los pies del teniente pidiéndole perdón. Este, con los demas sus partidarios hicieron lo mismo. En toda la iglesia no se oian sino perdones y lágrimas de alegría, de compuncion y ternura á vista de semejante espectáculo. Una accion tan heroica premió Dios al Dr. Vargas con tal abundancia de gracias, que fué despues el ejemplar y espejo de los eclesiásticos. A poco tiempo le vino una prebenda, cuya renta toda repartia entre los pobres, contentándose con vestido honesto, y un grosero alimento. El tiempo de sus vacaciones lo ocupaba en salir á predicar é instruir á los indios de los pueblos, donde habia sido cura para rezarcir (como decia) el descuido y mal ejemplo con que habia quizá escandalizado en su juventud. El tiempo que estaba en la ciudad, cuanto se lo permitia el coro, lo empleaba en las cárceles y hospitales, y otros ejercicios de caridad, hasta que algunos años adelante, una mision que hizo á paises muy destemplados de la costa, le fué causa de la última enfermedad, y de una apetecible muerte.

A este suceso de tanta edificacion debemos añadir otros dos no de poco temor acontecidos en Guatemala. Llamaron con prisa al padre José de Villalobos para una confesion en un barrio distante. El padre, aunque actualmente estaba con una úlcera en el calcañal del pie, partió al instante con aceleracion; pero cuando llegó habia espirado la enferma. Halló á los asistentes estremamente congojados, y no lo quedó ménos el padre de haberla hallado muerta. Los circunstantes entónces tomándolo aparte: padre, le dijeron, no ha sido culpa de vuestra reverencia que haya muerto esta muger sin confesion. Seis sacer-

Escena patética, interesante y religiosa.

dotes se han llamado de la vecindad, y todos se han escusado. Cuando llamamos á vuestra reverencia ya estaba en agonía. Estos son secretos juicios de Dios: ella era una muger de vida notoriamente estragada y que habia inducido tambien á dos de sus hijas al mismo infame comercio. Ha muerto sin quererse confesar, y apartando de sí mientras pudo el Santo Crucifijo que le poniamos en las manos. Lo que mas nos asombra es, que habiendo tenido muy blancos y hermosos dientes, que era lo mas agraciado de su rostro, de anoche acá se le han desaparecido de la boca. Entró el padre á ver el cadáver, y halló ser verdad, que ni aun señal le quedaba de haber tenido dientes, sino solo la raiz de un colmillo que mucho ántes se le habia caido. El caso fué notorio y muy espantoso para cuantos la habian conocido. El padre Villalobos, grandemente compadecido encomendó á una persona de probado espíritu que encomendase á Dios una alma, sin decirle el nombre y las circunstancias del caso. No tardó muchos dias en darle esta respuesta: . . . Padre, le dijo, yo tengo la cabeza llena de ilusiones, y no querria juzgar mal de nadie. Haciendo oracion por la alma que vuestra reverencia me encomendó, ví que unos demonios la llevaban por un campo presa con cadenas de fuego, y me decian en mi interior: . . . A esta le sacaron los demonios los dientes ántes de morir en prendas de que habian de llevar su alma como lo ves, por los muchos que condujo á perdicion por el nimio cuidado de sus dientes.

Otro terrible caso.

No fué ménos horrorosa la muerte de otro sugeto de mas que mediana distincion y de grandes créditos en su oficio. Murió repentinamente en una calle pública dando espantosos bramidos como una fiera y sin poderse confesar á presencia de mucha gente que acudió á las voces y algunos sacerdotes. No se supo mas por entónces; pero á pocos dias yendo una muger á confesarse, bañada en lágrimas, dijo á uno de nuestros sacerdotes, que por mucho tiempo habia estado en mala amistad con aquel hombre infeliz: que la misma noche en que murió salia él de casa de un caballero que nombró (y donde era cierto que habia estado aquella noche:) que encontrándola en la calle la fué solicitando por dos cuadras que hay desde dicha casa al lugar donde murió: que resistiéndose constantemente por estar en la actualidad haciendo una novena á Sr. S. José, él la habia tenido por fuerza abrazada hasta conseguir su brutal deleite, é inmediatamente apénas se habia apartado de ella dos ó tres pasos, cuando con furiosos bramidos cayó en tierra y murió á poco rato.

Con muy diferente suerte murieron este año en la provincia dos hermanos, uno estudiante y otro coadjutor, dejando hasta ahora un suave olor de edificacion en los colegios donde florecieron. El 1.º de febrero, vispera de la Purificacion de nuestra Señora en el colegio del Espíritu Santo de la Puebla, el hermano Bernabé Sanchez, natural de Cuba, mozo de angelicales prendas aun desde su mas tierna juventud, en que era ejemplo á los demas colegiales en el Seminario de S. Gerónimo. En la Compañía fué admirada de todos su exactitud en la observancia de los mas menudos ápices. Tan delicado en la pobreza, que jamás usó sin licencia particular aun de aquello que da á todos la religion. Su modestia y guarda de los sentidos, fué tal, que siendo sota ministro, fué necesario mandarle que alzase los ojos para cuidar del refectorio. Preguntado por su confesor poco ántes de recibir el Santo Viático sobre una materia en que recayese la absolucion sacramental, respondió que no se acordaba haber cometido algun pecado venial deliberadamente. En el colegio de la Habana, á 14 de agosto, pasó de esta vida el activo y devoto hermano José Ignacio Vila, natural de Cerdeña y ejemplar de coadjutores de la Compañía. Jamás se sentó sin mandárselo delante de algun sacerdote, ni les habló sino con el virrete en la mano. Acompañando á los padres en sus ministerios, siempre iba un paso atras, y no bien veia algun sacerdote con las manos ocupadas, cuando ocurría á servirlo. Cuidaba él solo de la sacristía, del refectorio, de la despensa, cocina, enfermería; era ropero, despertador, procurador, portero, cumpliendo tan diversos oficios con tanta exactitud, como si cada uno le ocupase enteramente, y ninguno lo ocupó nunca tan del todo, que se dispensase por él de la oracion, exámenes y leccion espiritual á las horas señaladas, á que añadia el oficio Parvo, muchas visitas al Santísimo Sacramento, y una cotidiana y recia disciplina, con un cuasi continuado ayuno. Dentro y fuera de casa se hicieron por su salud muchas oraciones, misas y promesas, y el entierro lo tomó á su cargo con su religiosa comunidad el reverendísimo padre guardian de S. Francisco.

Para noviembre de este año, tenia ya convocada el padre provincial José Barba la vigésimaseptima congregacion provincial. Fué el dia 2 elegido secretario el padre Nicolás de Segura, prefecto que era entónces de la congregacion de la Purísima, y el 4, destinados procuradores los padres Juan de Guendulain, rector y maestro de novicios en Tepetzotlán, Andrés García, rector de S. Gregorio, y el padre Manuel

de Herrera, rector del colegio de Guadalajara. En esta congregacion se volvió á tratar con calor el asunto de la division de la provincia. El padre general Miguel Angel Tamburini habia ya requerido en esta materia el dictámen de los padres consultores de provincia, que conviniendo todos en la substancia discordaban en el modo. Mandó su reverencia que cada uno de dichos padres en carta separada le informasen á la manera que juzgaban mas oportuna para la dicha division. De esta diligencia, como ni de la que se hizo en esta congregacion, y se han repetido despues, ha resultado hasta ahora efecto alguno. Comenzó el año de 1734 pacífico y tranquilo en todo el resto de la provincia, solo en México y California con bastante inquietud y turbacion de muy distinta naturaleza, que creciendo por instantes, prorrumpió en estruendo á los fines del año. En México, los Sres. jueces hacedores en el litigio de diezmos llegaron á fulminar censuras y fijar por excomulgados á algunos administradores de las haciendas de la Compañía, aunque recurriendo esta por el *recurso de fuerza y proteccion* al real acuerdo de oidores, se alzaron prontamente. Las hablillas de algunos indiscretos indignaron no poco el ánimo del Illmo. Sr. D. Juan Antonio Bizarro contra el padre provincial José Barba, de quien llegó á quejarse amorosamente al padre general; pero satisfecho en breve con la rendida sumision del mismo padre Barba y de toda la provincia su generoso ánimo, y desvanecidas las calumnias de los impostores y émulos, volvió á los jesuitas aquel mismo grado de estimacion que siempre le habia merecido. \*

En la California era muy glorioso á nuestra religion el motivo de las turbaciones. Habia á la mitad del año de 1733 el padre Sigismundo Taraval, por orden del padre Clemente Guillen, fundador en la Ensenada de las Palmas, de la nacion Cora, la mision de Santa Rosa entre las de Santiago y S. José, que algunos años ántes habian fundado los padres Ignacio Napoli y Nicolás Tamaral. En lugar del padre Napoli habia entrado en la mision de Santiago el padre Lorenzo Carranco. Eran los coras y pericues, y generalmente las rancherías del Sur de California, mas ladinos y capaces; pero tambien mas viciosos é inquietos que las demas naciones de la península. Habia entre ellos

\* Es muy sensible para la historia que el padre Alegre no nos diese idea de este litigio, como lo hizo con el del Illmo. Palafox. Aquí se encontraron guardas con metedores. Los jesuitas tenian muchos respetos, y no los tenia ménos en la corte el arzobispo virey.

algunos mulatos y mestizos, raza que habian dejado en el pais, los buzos de perlas y algunos otros barcos, ya españoles, ya estrangeros que solian llegar á aquellas playas. De estos habia dos singularmente revoltosos é indomables á toda la dulzura y celo de los padres Carranco y Tamaral. El primero era el gobernador del pueblo de Santiago, cargo que el padre Carranco le habia solicitado, y de que fué forzoso deponerlo, sin que ni aquella tal cual honra, ni la afrenta y el castigo hiciesen mas que empeorar su condicion altiva y licenciosa. Causó bastante turbacion, y aun intentó deshacerse del misionero; pero no pudiendo conseguirlo, solo trató de retirarse á algunas rancherías, todavía gentiles, de S. José. Encontró allí un socorro poderoso en otro de su color y de su génio á quien llamaban *Chicori*, nuevamente irritado con el padre Tamaral por haberle procurado apartar de una india que poco ántes habia hurtado del pueblo. Entre los dos determinaron sacudir un yugo tan pesado como les parecia la nueva religion, y deshacerse de los padres que miraban como fiscales de sus acciones. Junta una cuadrilla de mal contentos determinaron acometer primero al padre Tamaral á su vuelta de Santiago, donde poco ántes habia ido; pero noticioso el padre de su mal intento, no volvió sino bien escoltado de sus fieles indios, quedando burlados los designios de Chicori y su tropa. Ellos, para asegurar mejor el tiro, lo dilataron á mejor ocasion, y entre tanto se dieron de paz al misionero, pidiéndole doblemente perdon de sus delitos pasados, y prometiendo vivir sujetos entre los demás catecúmenos. Pasaban estas cosas á principios del año, y un nuevo accidente que embargó por muchos dias la atencion de los misioneros y de los indios, hizo olvidar cuasi del todo las turbaciones pasadas. Vino al padre Tamaral la noticia de que habia pasado por el cabo de S. Lucas, y que proseguia rayendo la costa un navío. Envió prontamente indios que lo siguieran por la playa, y habiendo entrado á hacer aguada en la bahía de S. Bernabé, supieron ser el Galeon de Filipinas á cargo del capitan D. Gerónimo Montero. El padre Tamaral pasó personalmente con cuanto socorro pudo recoger de su mision y las vecinas, en frutas, carne fresca &c., único remedio al *verbén* (ó sea mal de loanda) de que venia, como suele, inficionada mucha gente. El capitan dió muchas gracias al caritativo padre, y valiéndose de su favor dejó en tierra tres enfermos muy agravados, y prosiguió su viage á Nueva-España. De los tres que quedaron en tierra, asistidos cuanto permitia la pobreza de la tierra, sanaron